

Marta Mata

Il·lustracions de Carme Solé Vendrell

El País de las Cien Palabras

Traducció de Assumpció Lisson



editorial
MILENIO
LLEIDA, 2015



La primera edición en catalán de esta obra fue publicada por La Galera SA Editorial el año 1981.

© del texto: Fundació Marta Mata Garriga, 2015
© de las ilustraciones: Carme Solé Vendrell, 2015
© de la traducción: Assumpció Lisson, 2015
© de esta edición: Milenio Publicaciones, S L, 2015
C/ Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida
editorial@edmilenio.com
www.edmilenio.com
Primera edición: marzo de 2015
ISBN: 978-84-9743-678-6
DL L 317-2015
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S L
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.



Erase una vez un país... del que no recuerdo el nombre, pero que llamaremos el «País de las Cien Palabras», y ya veréis por qué.

En aquel país los hombres eran muy felices; vivían en un pueblo ni grande ni pequeño, y todos se conocían. Si alguna vez se peleaban dos, los demás les separaban en seguida; si alguien caía enfermo, los vecinos se encargaban de darle las medicinas y de tener la casa arreglada; si uno tenía que salir de viaje, los amigos le ayudaban a hacer las maletas y a la vuelta iban a esperarle. En una palabra: se querían y todo les iba bien.

Por una parte, no hacía ni demasiado calor, ni demasiado frío; así es que no necesitaban ni estufas, ni neveras, ni abrigo de piel, ni gafas de sol.

Por otra, el país no era demasiado seco ni demasiado húmedo. Llovía lo necesario para que las plantas y árboles de los cultivos diesen el mejor fruto y también para que los niños pudieran ponerse el impermeable y las botas de vez en cuando.

Si la tierra era buena o mala, no os lo sabría decir; pero lo que sí sé es que, como la tierra era de todos y la trabajaban juntos, y todo lo repartían bien repartido, obtenían lo necesario para vivir. Por eso no había ni ricos ni pobres, ni gandules ni atareados, ni avaros ni ladrones.





Tenían además, un comedor donde almorzaban todos juntos después de trabajar la tierra y donde cenaban cada noche. La comida era de lo mejor porque, como en la cocina trabajaban los mejores cocineros y cocineras del pueblo, nunca les quedaba cruda o quemada, sosa o salada. ¡Y no os podéis imaginar qué de conversaciones y risas mientras comían!

Cada día parecía una fiesta y hasta me han dicho que muchas noches, después de cenar, los jóvenes se quedaban un buen rato a bailar o a hacer teatro.

